





Miscelánea de productos textuales  
(abierto día y noche)



Jaime Muñoz Vargas

**Miscelánea de productos textuales  
(abierto día y noche)**



© Jaime Muñoz Vargas  
irritililla2001@yahoo.com.mx

Fotografía de portada:  
Renata Chapa

AUTORIZADA SU COPIA BAJO LA CITA EXPRESA DE ESTA FUENTE

Torreón, Coahuila  
2004

## Índice

- Esta miscelánea ~ 11
- ¿Por qué me hice escritor? ~ 13
- Mi altar para *Cuatro ingenios* ~ 16
  - Prólogos* de Borges ~ 18
- Ginés contra Las Casas: un match inmortal ~ 20
- Sabato: la novela como contrapeso del desastre ~ 33
  - Octavio Paz: larva de su profesión de fe ~ 39
  - Cortázar (a veinte años de su muerte) ~ 46
  - Cuadrilátero de apuntes ~ 50
- Hacer el humor: rápido olfateo a la carcajada estridentista ~ 57
  - Un siglo de *Vidas imaginarias* ~ 64
- Logros y desventuras de la crítica literaria en La Laguna ~ 70
  - La Laguna literaria: sol y polvo en las palabras ~ 75
    - Tyson contra Tyson ~ 81
    - John Holmes: alabanza del fornicar ~ 95
    - Una aventura de los minimalosos ~ 101
    - Itinerario de *El principio del terror* ~ 106
  - Itinerario de *Juegos de amor y malquerencia* ~ 110
  - Nota al pie sobre la jungla de los libros ~ 115
  - Literatura e internet: el aleph de la palabra ~ 121
  - La literatura como espacio del erotismo ~ 126
  - El coronel no tiene quien le escriba un *mail* ~ 131
    - El cuento de pronto acabar ~ 135
    - ABC del lugarteniente ~ 150
  - De las erratas y su mucho fastidiar ~ 159
    - Yo corrector ~ 169
  - La migaja del escritor ~ 173
  - Asombro de los libros ~ 175
    - Mi *Tesoro* favorito ~ 179
  - Arte para servilletas ~ 186
  - Boceto de la intuición ~ 190
  - Palabras de la guerra ~ 192

Los trazos del café ~	196
Picasso: un decaloguista del arte moderno ~	198
Xavier Guerrero, poeta con pincel ~	202
Anzuelos del cine ~	204
Cien años de celuloide ~	206
Cine y literatura: un matrimonio inevitable ~	208
Nostalgias de un cinéfilo hedonista ~	212
Invitación a <i>Vislumbre de cineastas</i> ~	216
Onda jertziana 131 ~	219
Onda jertziana 142 ~	221
Umbral 112 ~	223
Umbral 138 ~	225
¿Ciceritos a mí, y a estas horas? ~	227
Doncella de la muerte ~	229
Don Roger ~	231
Cinco anécdotas cinco ~	233
Cervantes in espanglish, <i>ese</i> ~	236
La generación <i>igualy</i> ~	238
Al <i>maistro</i> con cariño ~	240
Matabellas <i>affaire</i> ~	242
Onán a ritmo de samba ~	244
Croquetas para tiburón ~	246
Enanos en el pop ~	248
El reino de lo <i>real-maravilloso</i> ~	250
Pedacería sobre fut ~	256
Saúl Rosales Carrillo: una literatura germinal en La Laguna ~	260
Don Julio ~	266
Prólogos a la <i>Imago mundi</i> ~	268
Alfonso López y sus ficciones de lo inmediato ~	279
La urbe en mi memoria: un recuento deefeñólatra ~	281
Laguna adentro ~	289
El espacio de Borges ~	294
Examen de un abuso ~	299
Epílogo ~	305

Para  
OSWALDO Y HUMBERTO  
(Muñoz Vargas tres y cinco)



## Esta miscelánea



Junto al trabajo de maestro, editor y narrador he fatigado desde hace veinte años un trajín periférico: el de escritor. Me refiero al oficio de bombardear teclámenes para sacar adelante opiniones coyunturales, apuradas, juicios que sólo han aspirado a desahogar pareceres, admiraciones, tientos y mediciones, gestos, simpatías y diferencias del más variado pelaje. No es éste mi trabajo literario, no son éstas las cuartillas que más aprecio entre las ya bastantes que me he atrevido a engominar, pero tampoco quiero renegar de ellas. Al contrario: gracias a estos trabajos, escritos como digo a las carreras, presionado siempre por la obligación y por las necesidades alimenticias, he sentido el saludable influjo que la premura puede tatuar en el oficio literario. Gracias a estos acelerados empeños —la *talacha periodística*, como dice Leñero— he aprendido a escribir cada vez con menor miedo directamente en la máquina —y tiempo después en la computadora, pues a mí me tocó de golpe esa transición—, sabiendo en todo momento que, pese a las prisas, uno tiene la obligación de escribir, si no bien, de pérdida con el mayor decoro formal posible.

El carácter variopinto de esos trabajos queda, creo, perfectamente explícito en el título: *Miscelánea de productos textuales*, y no es inútil resaltar que todas las piezas han sido publicadas en las revistas, periódicos y libros que he tratado de anotar al pie de cada colaboración, aunque resultará evidente que en muchos casos no conservo demasiada información debido a la pérdida de tal o cual documento ya impreso. También por tal razón he querido subtítular *Abierto día y noche* este resumen de mi trabajo periodístico y editorial, pues le he dado una respuesta afirmativa a todo medio, a todo amigo y a toda institución que a toda hora, y de buena gana, me ha convidado a escribir.

La idea original de este libro se la debo a Saúl Rosales Carrillo; fue él quien hace exactamente veinte años, en septiembre del 84, publicó mis primeras palabras, y fue él quien más o menos en el 2002 me recomendó organizar (no escribir, obvio, pues el trabajo ya estaba maquilado) algunas de mis colaboraciones en revistas y periódicos. Pensaba Saúl que tales cuartillas estaban armadas, al menos, con cierta voluntad de estilo y de algo podían servir arrojadas como están ahora en las venideras páginas. Por supuesto, entonces, se trata sólo de una muestra donde desempolvo un breve catálogo de *productos* sobre la más heterogénea temática.

Salvo en los ocho años seguidos que trabajé de lleno para la revista *brecha*, me he involucrado en el periodismo y en la edición como el espontáneo que salta al ruedo sin camisa y sólo para pegar dos o tres capotazos antes de que lo arresten las autoridades de la plaza; eso ha sido para mí, y sigo con las metáforas taurinas, una especie de *pamplo-nada*, la más divertida forma de correr con los cuernos del reloj pinchándome la espalda.

No tengo más que agregar. Sólo diré, como Gardel y La Pera, que veinte años no son nada y que, si no se atraviesa un rayo en el camino, seguiré escribiendo en el tiempo disponible de aquí a la llegada del último suspiro.

*Comarca Lagunera, mayo y 2004*

## ¿Por qué me hice escritor?

En mi caso la pregunta podría ser enunciada como lamento: «Caray, ¿por qué me hice escritor?» En el misceláneo reino de las posibilidades pude elegir cualquier otra profesión, pero escogí la literatura sin darme cuenta y ahora ya estoy hundido en ella hasta las orejas, casi como el gángster en la *cosa nostra*: sin poder huir a menos que prefiera la inmediata muerte.

De mocoso no soñé con ser bombero, pero sí se me atravesó por la cabezota hueca la idea de ser futbolista. Sin presunción —tengo varios amigos que darían testimonio a mi favor— puedo afirmar que no era tan deplorable mi desempeño en los campos de fútbol llanero y solitario. Durante una época breve fui tal vez el mejor medio creativo de la penitenciaría donde estudié mi secundaria y además siempre me destacué por jugar con garra y talento las cascaritas en el barrio. En una de esas picas, un chavo que alineaba en las reservas del Santos Laguna —estoy hablando de 1983 u 84— me vio jugar y me recomendó que fuera a probar suerte con las fuerzas básicas de los nacientes albiverdes. La idea me emocionó, pero de sólo imaginar a la prensa desmenuzando cada una de mis jugadas, preferí continuar en el amateurismo y en la mediocridad.

También —entre los cinco y los diez años— quise ser luchador, de preferencia con máscara y del bando de *los científicos*. Admiraba a Santo, pero más a Blue Demon, el famoso *Manotas* al que vi pelear en la Plaza de Toros Torreón allá por el 73, aproximadamente. La idea de

---

A invitación del amigo poeta, periodista y ginecóloga Jesús R. Cedillo, respondí esa pregunta con el tono más desenfadado que pude. El texto fue publicado hacia mediados del 2003 en *Espacio 4*, de Saltillo.

ser luchador se diluyó cuando en el barrio unos amigos y su servidor improvisamos un ring para luchar. Me tocó encarar a un mocetón prieto y gordo, invencible el güey. El pequeño gorila me aplicó una quebradora salvaje que todavía recuerdo y que me dejó torcido del cuello una semana. Allí terminó mi ilusión de fatigar los encordados de la república.

No conocí a don Seferino, mi abuelo paterno, pero papá me dijo que había sido carpintero de los meros buenos. Gracias a esa información, en la adolescencia también anhelé abrazar el oficio de Pepe el Toro. No lo hice, pero muchos años después, en 1999, un amigo carpintero me brindó en su taller los secretos básicos del negocio y así pude construir, con torpeza inevitable, algunos muebles de mi casa. Tarde me di cuenta que había llegado con excesiva demora a la carpintería, pero no dejó de sentir orgullo de las maltrechas mesas que trabajé con estas manos.

Al final de mi preparatoria (1982) México salía del turbio sexenio lopezportillista e ingresaba al no menos accidentado de De la Madrid. La palabra *crisis* empezó a escucharse recio. La devaluación fue nuestro pan de cada noche y por una coincidencia yo estrené mi depresión emocional. Ya leía revistas, muchos periódicos, pero no tantos libros. Allí fue cuando comencé a balbucear algunos mecanuscritos en mi *Letera Olivetti*; escribí desahogos, textos de mero autoconsumo fabricados más por la tristeza que por el talento. Entré a la carrera de comunicación por eso: porque me gustaba leer y quería aprender a escribir sin tanto gimoteo. Recuerdo que sólo se lo confesé a mi madre: “Ma, quiero ser escritor”, le dije a los 18 años. Ella me miró entre sorprendida y tierna, como siempre. Unos meses después descubrí a Saúl Rosales, mi maestro de literatura, mi primer mánager; y luego a Gilberto Prado, también amigo y joven sabio hasta la fecha. El mundo cambió y desde entonces no ha pasado día sin que quiera ser (“*ahí* nomás, pinchemente”, como diría el *Jamaicón* Villegas) escritor.

En septiembre del 84, hace casi veinte años, publiqué por primera vez un texto presuntamente literario. Ese desaguisado ocurrió en *La*

*Opinión Cultural* y se lo debo todavía a la generosidad de Saúl Rosales, quien desde entonces no ha dejado de apoyarme.

Termino con una confesión vestida de amenaza: la literatura me ha dado mucho, demasiado como lector; como escritor, en cambio, casi nada. Pese a ello, y aunque quise ser luchador-futbolista-carpintero, la literatura (y el periodismo cultural, su apéndice) es lo mejor que me pudo haber ocurrido aunque a veces lo lamente. Sí, es lo mejor.

## Mi altar para *Cuatro ingenios*

---

Extraña, curiosa, arbitrariamente se comporta la glándula de nuestra sensibilidad cuando se trata de elegir. Entre mis libros hay algunos de mejor acabado material que otros, por supuesto, obras cuya apariencia física —y cuyo precio también— obliga a calificarlas de *preciosistas*. Tengo, vaya un par de casos, *El renacimiento en Italia* o la lujosa edición 19 del *Diccionario de la Real Academia*, pero he comprobado que, como objetos, no logran seducirme tanto como mi humilde, austera, discretísima segunda edición de *Cuatro ingenios*, volumen de bolsillo que la Colección Austral, de Espasa Calpe, publicó en 1950 con el número 954.

Es muy curioso. Una secreta amistad he logrado entablar con este librito de camisa verde y no tan amplia cantidad de páginas (141). Lo compré a diez insignificantes pesos en una librería de viejo, y ese precio se mantiene invicto, a lápiz, en el ángulo superior derecho de la primera página. Pero su apariencia no importa, o, si importa, lo hace de un modo que encierra algo de paradoja: el recipiente es modesto; el papel, no se diga; el tamaño, más todavía. Con esas cartas credenciales se puede pensar que dicho libro no alcanza los méritos para merecer alguna veneración. Sin embargo, es precisamente por eso que *Cuatro ingenios* significa para mí infinitamente más de lo que vale su papel. Desde que lo compré, no recuerdo cuándo, sentí que sólo el arte de la edición era capaz de envasar en recipientes tan humildes y decentes la mayúscula obra de un escritor tan admirado y querible. *Cuatro ingenios* me

---

Lo publique en *Vínculos*, revista de la UIA Torreón. Perteneció al utópico proyecto de escribir —qué ingenuidad— un textito sobre cada uno de los libros que más aprecio de mi ya incómoda biblioteca.

revela, casi como amuleto ya, que la palabra literaria no requiere de soportes materiales de gran suntuosidad para ofrendar al lector su sabia savia. Cuando la prosa tiene ese calado, esa firmeza, ese temple y esa hondura del intelecto y del alma, cualquier pedazo de papel es capaz de convertirse en un palacio.

Sé que los ensayos recogidos en estas páginas los puedo encontrar diseminados en éste o en aquel tomos del regiomontano; sé que allá el líquido de la palabra puede lucir en vasos de glamorosa apariencia, pero también sé que en esta edición de Espasa Calpe argentina mi lectura fraterniza con una curiosa y delicada sensación de orgullo, de una íntima felicidad que ahora comparto. Deambular por los renglones de este libro, revisitarlo una y otra veces, eso ha sido para mí un goce que, reitero, raya en el fetichismo (por cierto, el único que me puedo permitir: el fetichismo de los libros). Leer sobre el Arcipreste, sobre Lope, sobre Quevedo y sobre el padre Gracián, avistar el esbozo de sus biografías, penetrar llevado de la mano en sus recintos vitales, hacer todo eso en la superficie de un libro tan pequeño y ordinario me permite reconsiderar el valor del espíritu y, en contraste, el menosprecio de la materia. Si la literatura es capaz de brillar, pienso, en recintos ayunos de opulencia, ¿por qué no hacer lo mismo con la vida? El alma de Reyes, una pequeña parte, digamos, habita en mi edición de *Cuatro ingenios*. Nada impide pues que yo trate de ser yo sin ornamentos, sin lujos, acaso como alguna vez lo anhelé, en un famoso prólogo, un no menos célebre espíritu gemelo de don Alfonso: Michael de Montaigne.

*Comarca Lagunera, 15, febrero y 2002*

## **Prólogos de Borges**

---

Pocos libros he venerado tanto como éste. Allá por 1995, y por unos cuantos pesos, me lo vendieron de medio uso y desde entonces sus páginas me acompañan hasta en los viajes, pues las considero una especie de amuleto. Yo, que en nada creo si tratamos de supersticiones, le he guardado esa idolatría sagrada a este librito que he releído con asombrada frecuencia. *Prólogos, con un prólogo de prólogos*, de Borges, me ha deparado —como el argentino decía que decía Montaigne— reiteradas alegrías.

La esplendidez de la prosa borgiana se despliega con grandeza en este pequeño volumen. No me tiembla el renglón al escribir que es el español más deslumbrante que he leído. Me parece perfecto no sólo por correcto, que eso es lo de menos, sino por irónico, por sorpresivo, por novedoso, por inteligente, porque cada afirmación parece concebida para decir algo de manera inédita. No tiene un solo párrafo baldío, y todo ha sido tratado allí sin olvidar la “dignidad del lenguaje”, como afirma el propio autor respecto de Quevedo.

Cito al azar; cuando Borges prologa los versos de Almafuerte, dice: “fue un místico sin Dios y sin esperanza. Despreció, como dice Bernard Shaw, el soborno del cielo; creía honradamente que la felicidad no es deseable. Su pensamiento acecha en los rincones de su obra; por ejemplo, en esta evangélica: *El estado perfecto del hombre es un estado de ansiedad, de anhelación, de infinita tristeza*”.

Esta vez en la prefación que le hace a su admirado Macedonio Fernández, otra opinión donde reluce el gusto del prologuista por la punzada irónica: “Quería personalmente y apreciaba literariamente a Lugo-

---

No recuerdo si ya lo publiqué. Ver la nota anterior.

nes, de quien fue muy amigo, pero alguna vez jugó con la ocurrencia de escribir un artículo que manifestaría su extrañeza de que Lugones, a pesar de sus muchas lecturas y de su indiscutible talento, no se hubiera dedicado nunca a escribir. *¿Por qué no nos da un verso?, se preguntaba*”.

Amplio es el elenco de nombres que figuran entre los afortunados escritores que merecieron una palabra liminar de Borges: Sarmiento, Carriego, Hernández, Ascasubi, Macedonio, Henríquez Ureña, Bioy, entre los cercanos, pero también Carlyle, Carroll, Melville, Whitman, Swedenborg, Shakespeare, Kafka, entre los lejanos en el tiempo y el espacio, pero no en el cariño.

Como lo señala su título, este manojito de prólogos abre con un prólogo; en él, su autor define esta sección inaugural de tantos libros y no es posible evitar su transcripción: “Que yo sepa, nadie ha formulado hasta ahora una teoría del prólogo. La omisión no debe afligirnos, ya que todos sabemos de qué se trata. El prólogo, en la triste mayoría de los casos, linda con la oratoria de subremesa o con los panegíricos fúnebres y abunda en hipérboles irresponsables, que la lectura incrédula acepta como convenciones del género”.

La graciosa definición podría alejarnos de este libro, pues también aquí muy probablemente nos vamos a topa con “hipérboles irresponsables”. No importa. Si se trata de la prosa borgiana, hasta la irresponsabilidad está permitida.

*Comarca Lagunera, 9, diciembre y 2000*

## Ginés contra Las Casas: *un match* inmortal



Hacia 1935, Borges publica, inspirado por las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob, *Historia universal de la infamia*, su primer libro de índole narrativa. El texto más famoso de la colección, “El atroz redentor Lazarus Morell”, inicia con el siguiente pasaje:

En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa curiosa variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los *blues* de Handy, (...) la admisión del verbo “linchar” en la decimotercera edición del Diccionario de la Academia, el impetuoso film *Aleluya*, (...) la deplorable rumba *El manicero...*<sup>1</sup>

En su momento y con ironía demoledora, Borges se mofa del *insólito* gesto lascasiano. Sin embargo, lo que ahora pude ser motivo de jocosidades en torno a la figura de fray Bartolomé —su *inextinguible amor* por los indios— ayer articuló una de las reyertas intelectuales más encendidas que recuerde la historia del Descubrimiento y la Conquista. Por supuesto, Las Casas no fue el único actor de la controversia que ha durado hasta nuestros días; su mayor contrincante fue, sin duda, Juan Ginés de Sepúlveda. Por lo general, los juicios que sobre la dispu-

---

Lo publiqué en *brecha* allá por el 94. Es uno de los temas de los cuales me aficioné gracias a los cursos de Saúl Rosales. Durante años conseguí información sobre crónica de Indias, y no pocas veces escribí algún texto como éste.

ta suelen emitirse se inclinan por alguno de los dos bandos ya citados: unos (la mayoría americanos) demuestran su simpatía por el dominico Las Casas, otros (la mayoría españoles)<sup>2</sup> simpatizan con Ginés en esta discordia sobre la justicia o la injusticia de la guerra —de la dominación— ejercida por los europeos sobre los hombres recién encontrados en el nuevo mundo.

La polémica, insistimos, tiende a recargar la simpatía por alguno de los contendientes. A fin de cuentas, pesa demasiado en nosotros una, hasta ahora, hamletiana toma de partido: o fray Bartolomé o Ginés, he ahí el dilema. Pocas veces, por lo demás, abordamos el asunto desde una perspectiva más neutral: pese a sus radicales diferencias, ¿acaso no existe una línea dorsal similar en el pensamiento de los dos contendientes? ¿Acaso no existe un común denominador en este dife-  
riendo en apariencia tan pugnaz? A resolver esas preguntas nos encaminamos en los renglones que vienen más adelante. Intentaremos, si no demostrar, por lo menos resaltar que es posible advertir marcas unificadores en los dos viejos polemistas, de suerte que se nos puedan aparecer como habitantes de una misma franja histórica; así, la humorada de Borges, tan buena en el ámbito literario, podrá tener una explicación un tanto menos parcial en el predio histórico.

### **El meollo del tópico**

Dado el tropiezo de Colón con las tierras de occidente, los europeos ensancharon sus posibilidades —materiales y espirituales— de expansión. Para soldados, religiosos, aventureros, nobles y demás, la tarea dominadora no generaba mayores conflictos intelectuales, pues en ellos priva una asunción plena del sentido de superioridad sobre las indianas gentes, sentido apuntalado por la divina Providencia que preferencia a los hombres de cristiana fe y les da derecho de autoridad sobre cualquier infiel.<sup>3</sup> Sin embargo, para los entendimientos de estudio, religiosos casi todos, el problema de su relación con los Otros no

podía ser despachado con la misma ligereza. Aquí es donde aparecen, entre otras, las figuras de Ginés y de Las Casas, quienes al mismo tiempo entretienen parte de su discurso en la justificación o la crítica de la guerra justa o injusta contra los indios. En los dos hay posiciones encontradas, es muy cierto, pero es posible argüir que los habita un espíritu en el que substancialmente coinciden. Los dos, con sus matices, autorizan la dominación, sólo varía el grado de fuerza que sugieren se le imprima al sojuzgamiento. Veamos a cada una de las partes y apuntalemos esta hipótesis.

### **Sepúlveda y sus *justi belli causis***

El *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*<sup>4</sup>, del cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, fue publicado en Roma en 1550. El solo título, sin más, evidencia los intereses del autor. A decir de Menéndez y Pelayo, el opúsculo está escrito en un latín ciceroniano que recurre en demasía a la *Política* de Aristóteles para justificar sus asertos en favor de la guerra justa. Vale decir que el peripatético cogollo es el siguiente: ciertos hombres, los europeos (los españoles), son superiores *por naturaleza* a otros, los indígenas de América, ergo, la guerra contra los inferiores es justa y tiene como fin civilizar, imponer lo mejor sobre lo peor, lo europeo sobre lo bárbaro, es decir, cristianizar lo yace en el lodazal del salvajismo. Estructurado en antiguo formato de diálogo —el que sostienen Demócrites y Leopoldo— el *justis belli causis* desnuda el perfil asumido por Ginés en la polémica.

Varias autoridades (Aristóteles, los evangelios, los santos Agustín, Ambrosio, Cipriano e Isidoro) le sirven a Ginés para convalidar sus teorías sobre la guerra justa. Por ejemplo, cuando refiere que según san Agustín la guerra “debe ser de necesidad, para que de tal necesidad nos libre Dios y nos conserve en paz, porque no se busca la paz para ejecutar la guerra, sino que se hace la guerra para adquirir la paz”. Asimismo, la lucha contra los “hombrecillos” es una lucha celestial:

“...todo lo que se hace por derecho ó ley natural, se puede hacer también por derecho o ley evangélica”<sup>5</sup>. Para Ginés, la ley natural es sólo aquella que embona en el orden cristiano español, herencia a su vez del orden grecolatino. Luego de cien retorcimientos y malabares filosóficos, Sepúlveda destaca —diríamos hoy que *muy subjetivamente*, pues sólo piensa en el bien de *su* república— la teleología de la conquista: “El fin de la guerra justa es llegar á vivir en paz y tranquilidad, en justicia y práctica de la virtud, quitando a los hombres malos la facultad de dañar y de ofender. En suma, la guerra no ha de hacerse más que para el bien público, que es el fin de todas las leyes constituidas, recta y naturalmente, en una república”.

Al enumerar las causas de la guerra, destaca muy visible el concepto que Ginés guardaba de los gentiles, hombres poco dados a la civilidad y por eso mismo sólo domeñables mediante el ejercicio de la fuerza:

Entre las causas de guerra justa, la más grave, a la vez que la más natural, es la de repeler la fuerza con la fuerza, cuando no se puede proceder de otro modo (...) La segunda (...) es el recobrar las cosas injustamente arrebatadas (...) La tercera (...) es imponer la merecida pena a los malhechores que no han sido castigados.

“Recobrar” es el verbo en el que Ginés condensa el pensamiento de aquellos católicos convencidos de que las tierras recién holladas son patrimonio de Cristo y no del despreciable Satanás que, malamente, se adueñó de estos lugares para estatuir prácticas anómalas y muy contrarias a la fe verdadera, motivo por el cual debe considerarse a sus pobladores aborígenes como “malhechores” que requieren la “merecida pena” impuesta por los civilizados europeos. Nada más natural, desde los griegos, que operar de tal modo frente a los salvajes. Además, si faltan causas para someter a los indios, hay que inventarlas en el laboratorio teológico:

Hay otras (...) menos claras y menos frecuentes, pero no por ello menos justas ni menos fundadas en el derecho natural y divino; y una de ellas es el someter con las armas, si por otro camino no es posible, á aquellos que por condición natural deben obedecer á otros y rehusan su imperio. *Los filósofos más grandes declararon que esta guerra es justa por ley de naturaleza.*

(el énfasis es nuestro)

Leopoldo, intrigado ante la absoluta seguridad de su interlocutor, pregunta: “¿Y quién nace con tan infeliz estrella que la naturaleza lo condene a la servidumbre?” Demócrates, personaje que transpira los sudores de Ginés, contesta, muy aristotélico:

Los filósofos llaman servidumbre a la torpeza de entendimiento y á las costumbres inhumanas y bárbaras (...) lo perfecto debe dominar sobre lo imperfecto, lo excelente sobre lo contrario (...) por decreto y ley divina y natural.

Sería un anacronismo craso pensar que Ginés se comporta como cualquier dictadorzuelo en el sentido sudamericano de la palabra. El peso del pensamiento grecorromano cae sobre sus espaldas y no puede soslayar el hecho de que las indianas gentes viven poseídas por el salvajismo y la barbarie, por tanto la empresa colonizadora se convierte en sana misión depuradora; “los filósofos ya lo dijeron”, hay derecho natural para que unos dominen sobre otros y, en lo tocante al divino, el caso es arrancarle al diablo la posesión de los idólatras. Ginés, entonces, habla desde su espesor histórico, él está cruzado por un aristotelismo-escolasticismo tan ortodoxo como sincero:

El dominio de la parte inferior no puede menos que ser pernicioso para todos. Á esta ley están sometidos el hombre y los demás

animales. Por eso las fieras se amansan y se sujetan al imperio del hombre. Por eso el varón impera sobre la mujer, el hombre adulto sobre el niño, el padre sobre sus hijos (...) Y será siempre justo y conforme al derecho natural que tales gentes (los indios) se sometan al imperio de príncipes y naciones más cultas y humanas, para que merced á sus virtudes y á la prudencia de sus leyes, depongan la barbarie y se reduzcan á vida más humana y culto a la virtud.

La hegemonía dictada por la guerra justa tiene un objetivo preciso: acabar con el estado salvaje e instaurar una sociedad en la que reine el concepto de *polis* que viene funcionando desde tiempos remotos en el imaginario europeo. Hacer la guerra, pues,

...tiene por fin el cumplimiento de la ley natural para gran bien de los vencidos, para que aprendan de los cristianos la humanidad, para que se acostumbren á la virtud, para que con sana doctrina y piadosas enseñanzas preparen sus ánimos á recibir gustosamente la religión cristiana (...) los bárbaros deben obedecer a los españoles, y cuando lo rehusen pueden ser compelidos á la justicia y á la probidad (eso es) una guerra justa y piadosa.

Ginés de Sepúlveda exhibe, a plenitud, la perspectiva que define a los hombres de su tiempo respecto al tipo de hombre que habita rumbos distantes al *mundo civilizado*; en la Europa conocida viven los seres superiores, los famosos hombres pálidos y barbados; más allá, los bárbaros y más allá, los salvajes pobladores de nigricia sólo aptos para la esclavitud, y todavía más allá, en la borrosa penumbra geográfica y ajenos a cualquier "policía", los "hombres" cinocéfalos que espantan de solo imaginarlos.<sup>6</sup> Nada más los europeos ostentan las características propias del ser humano, todos los demás comparten vicios

intrínsecos a su condición incivil.<sup>7</sup> Basta ver el simil que articula entre los dos tipos de hombres para advertir la cabal seguridad de su aserto en torno a la legalidad de la guerra contra los inferiores. Señala que la diferencia es casi de “de monos á hombres”. Los “hombrecillos” son lascivos, destemplados, tontos, belicosos, depravados, débiles; los peninsulares, los europeos, son todo lo contrario. Lo que es peor, como practicantes del

impío culto de los dioses, no sólo es lícito someterlos á nuestra dominación para traerlos á la salud espiritual y á la verdadera religión por medio de la predicación evangélica, sino que se les puede castigar con guerra todavía más severa (pues) no hay cosa que á Dios ofenda más que el culto a los ídolos, según el mismo Dios declaró.

No vacila Ginés al plantear la destrucción de los bárbaros, todo “con el favor de Dios, que quiere salvar a todos los hombres y traerlos al conocimiento de la verdad”, ya que “¿qué mayor beneficio puede hacerse a un hombre infiel que comunicarle la fe de Cristo?” Al final del documento, Leopoldo, convencido por Demócrates, resume las justas causas de la guerra contra los indios y ambos dejan claro un detalle que no debe olvidarse: “...las personas y los bienes de los que hayan sido vencidos pasan a los vencedores”. Eso es lo normal y nadie que se precie de sensato debe discutirlo.

Como la mayoría de sus coetáneos, Juan Ginés de Sepúlveda abraza, sin conflicto, la natural idea de superioridad que rige el pensamiento europeo desde los tiempos helénicos. Tildarlo de racista, de intolerante e inhumano es no entender el aire espiritual que sopla en su momento. En todo caso, la condenación es más valedera para el Estagirita, y no para esta víctima ordinaria del pensamiento que compartían, lo aceptaran o no, todos sus contemporáneos europeos, seres su-

periores “por derecho natural y divino” ante los cuasihombres que degeneran hasta exhibir cabezas de perro o caras aplanadas. ¿Acaso no confirma Plinio la existencia de tales monstruosidades? Si es así, la guerra justa está más que autorizada.

### ***La Brevísima* de fray Bartolomé:**

#### **morigeración de la misma tesis**

Desde que calzó los hábitos de la orden de Santo Domingo, Las Casas fue defensor, acá y acullá, de los aborígenes agredidos por el español “cobdicioso”. Para combatir a los detractores del habitante americano, fray Bartolomé fraguó, infatigable, historias, cartas y tratados que daban testimonio de la brutalidad lupina impuesta contra la ovejil mansedumbre indígena. Ese es, por cierto, el eje de su más célebre texto, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*<sup>8</sup> (1552); ahí presenta, exento de rubores maniqueos, al español como lobo famélico y al indio como pacífica oveja, ambos entreverados en una desigual y mortífera dialéctica.

Con un estilo repleto de piruetas sintácticas y colmado de iteraciones, Las Casas, quien discutió oralmente contra Ginés en Valladolid, ahora lo enfrenta por escrito. La *Brevísima* “del más zeloso de la felicidad de los Yndios” es un tratadito dirigido al príncipe de turno, “el muy alto y muy poderoso señor” don Felipe, para que se enterara de los crímenes cometidos a nombre de Cristo en las tierras descubiertas, crímenes que otros (como “el dicho doctor Sepúlveda”) se obstinan en legalizar con mil argumentaciones filosóficas. Fue, pues, un resumen para que Felipe II pudiera leerlo con facilidad, se diera por enterado y enmendara con su real mano los yerros y las crueldades de sus súbditos. Las Casas se arrebata en su quehacer indiófilo; encendidas páginas contiene la *Brevísima* y narra los hechos con exacerbado pragmatismo y sin maromas teoréticas. No hay, en apariencia, concesiones a los lobos españoles, sus coterráneos. Precisamente a eso se debe, di-

cen, la malquerencia que la mayoría de los hispanos tiene por “el fabuloso” fraile dominico quien, sostienen, fue un involuntario promotor de la “leyenda negra”.<sup>9</sup> Pero a Las Casas no le interesaba lo que pudieran pensar de él los españoles, sólo le preocupa la salvaguarda y la “felicidad de los Yndios”, por eso redactó y publicó (casi clandestinamente) su relación.

Sin embargo, Las Casas no contradice la hegemonía de los españoles sobre sus defendidos; plantea solamente suavizar los métodos, dado que los indios son sumisos y de buen talante dejarían su salvaje condición para recibir la enseñanza de Cristo y la luz de la civilidad. Da por hecho que los lugares colonizados son propiedad del rey español y a éste le relata “la verdad” para que deshaga los métodos carniceros que utilizan sus súbditos: “...la noticia sola del mal de *su reino* es bastantísima para que lo disipe” (nosotros subrayamos). En una palabra, fray Bartolomé coincide, en esencia, con los postulados de Ginés: la superioridad europea es evidente y, si es así, nada mejor que demostrar esa inteligencia con una conducta menos agresiva y más humanitaria frente a los dóciles gentiles del nuevo mundo. Nunca niega Las Casas la necesidad imperial de someter al Otro, al extraviado de la fe cristiana, al civilizable, siempre y cuando no se ejerza brutalidad. Se da, también en él, un aristotelismo un tanto más heterodoxo, pero aristotelismo al fin. Lo único que rechaza con tajancia es el despiadado ejercicio de la fuerza, nunca el imperativo de dominio.

En la *Brevísima*, aproximadamente cien páginas de crónica, el fraile comprime las monstruosidades cometidas contra sus “ovejas” en las islas caribeñas y en Tierra Firme. A manera de retablos va presentando, por ejemplo, lo que sucedió en la Isla Española o en la provincia de Nicaragua o en el reino de “Guatimala”. Nunca esconde su pretensión: con este tratadito el príncipe debe poner término a la matanza, al genocidio, más no a la colonización sobre “aquellas indianas gentes, pacíficas, humildes y mansas que a nadie ofenden”. En cuanto al uso

de la guerra es, obvio, la antítesis afiebrada de Ginés, aunque con él se entabla la coincidencia de objetivo: el crecimiento terrenal del imperio cristiano y la salvación eterna de tantas almas extraviadas por los oficios del maligno.

Las Casas describe con supesta autenticidad: "...hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo". Una lectura lineal o el entresacamiento azaroso de fragmentos sirven igual para ilustrar el talante a veces fabuloso, la agresiva filantropía, de Las Casas. En cualquier lugar está henchida la vena de su defensa al indio y su vituperio de la violencia española, cristiano hipócrita que a las "ovejas" no hace

sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas, por las entrañas y nuevas y varias y nunca otras tales vistas ni leidas ni oídas maneras de crueldad, de las cuales algunas pocas abajo se dirán.

Una figura retórica rige el cataclísmico texto: la enumeración; Las Casas extiende largas acumulaciones verbales para demostrar, hasta el tope, el exceso de sus coterráneos: "Mató a muchos indios, ahorcándolos y quemándolos vivos, y echándolos a perros bravos, y cortándoles pies y manos y cabezas y lenguas, estando los indios en paz..." La metáfora del lobo que somete a la oveja articula gran parte de las afirmaciones lascasianas. Lo cuestionable es imponer tanta brutalidad a hombres tan mansos, no el hecho de dominarlos y lograr su forzosa conversión al imperio de la cristiandad. He ahí la morigeración de su aristotelismo.

### **Un mínimo colofón**

En el ánimo de los españoles (soldados, misioneros, nobles) habita una convicción: Europa se erige como suma y espejo de civilidad. En este sentido, los extremos Ginés *versus* Las Casas son aparentes; en

ambos está bien afincado el sentimiento de superioridad de lo europeo con referencia a lo americano. Tal sentimiento es el resultado de siglos de incubación, de cientos de escritos (“científicos” y literarios) en los que se describe la perdición de los pueblos periféricos amantes de la idolatría y la insania de costumbres, idolatría e insania rechazadas por los griegos que heredaron esa actitud a los pueblos que en Europa izaron un imaginario que los convirtió en los únicos faros de la humanidad. Por todo esto, Las Casas no dudó en solicitar a su corona los negros que suplieran a los indígenas en las minas de oro antillanas; para él, como para Ginés, el negro era, por su simple pigmentación de piel, inferior a los gentiles del nuevo mundo; igual hubiese opinado Aristóteles. En su tiempo, su gesto fue en verdad obra filantrópica, por más bromas que ahora pueda generar entre los humanistas de nuestra hora. Borges, en suma, no consideró en su ironía la influencia de la *Política*, libro articulador, en más de una dirección, del pensamiento europeo. El imperialismo de Ginés y de Las Casas, con sus insalvables matices, era tan coloquial entre los europeos que nadie lo cuestionó. Recuérdese que *los filósofos más grandes declararon que esta guerra es justa por ley de naturaleza*. La voz de autoridades tan eminentes era el basamento del discurso legitimador. Lo que variaba, en suma, era la fuerza de la fuerza, nunca *la razón* de la razón establecida por la ley natural, una ley que palpitaba todavía con vigor en el espacio de experiencia y en el horizonte de expectativa de aquella hora.

#### NOTAS

<sup>1</sup>Jorge Luis Borges. *Prosa completa t.1 (Historia universal de la infamia)*, Bruguera, 1985, Barcelona, p. 247.

<sup>2</sup>Para el caso puede leerse “¿Codicia insaciable? ¡Ilustres hazañas?”, donde varios siglos después un erudito español, Ramón Menéndez Pidal, quiere parecer imparcial pero no puede, ya que destaca en sus juicios mayor coincidencia con Ginés que con Las Casas; por ejemplo, explica: “... disculpa Las Casas a aquellos indios de holgazanería y de incapacidad social, como los

exculpa de todo. Si le dicen que Balboa combatió a unos indígenas porque vivían entregados a nefanda bestialidad, él, condenando esa intervención de policía, aduce un pasaje de Galeno para explicar el afeminamiento. Si Fernández de Oviedo habla de antropofagia y de espantosos sacrificios humanos, él acude con otro texto de Plinio y añade consideraciones 'para no hacer ascos' a esas cosas", *op. cit., La lengua...* p. 92.

<sup>3</sup>Un resumen comentado sobre la evolución de las justificaciones ideológicas de la dominación lo encontramos en *Filosofía de la conquista*, Silvio Zavala, FCE, México, 1984, 165 pp.

<sup>4</sup>Todas las alusiones citadas corresponden a la edición del FCE, México, 1987, 179 pp., con advertencia de Marcelino Menéndez y Pelayo y un estudio de Manuel García-Pelayo.

<sup>5</sup>El Primer Libro de la *Política* de Aristóteles fue casi calcado por Ginés. La organización de la ciudad y la servidumbre natural de los seres inferiores es el postulado vertebral del influyente documento. Puede visitarse, para un posible cotejo, la edición de Porrúa (Sepan cuantos... No. 70), México, 1989, pp. 157-172.

<sup>6</sup> Fundamental para entender la clasificación de los hombres a partir de su color y de sus rasgos es *La población negra en México*, Gonzalo Aguirre Beltrán, FCE, México, 1984. "Los *indígenas* (...) formaban otra casta, casi podríamos decir que una nación separada dentro de la nacionalidad en integración; y finalmente los *negros* constituían la casta más baja, la casta infame por su sangre", p. 154; "... data de aquellos días la separación que persistió durante el virreinato, entre *españoles, cristianos o gente de razón e indios*, llamados *naturales*. También los negros fueron considerados alguna vez como irracionales, pero el adelanto de los principios científicos había hecho ya inaceptables las argucias de los explotadores una justificación al trato inhumano. Los indígenas fueron divididos en *reducidos, mansos o neófitos* y en *bárbaros, infieles o gentiles*", p. 155. La clasificación, como se sabe, es una de las formas del poder, y al aplicarse a razas humanas evidencia los intentos por justificar la superioridad tanto física como intelectual.

<sup>7</sup> Una solvente explicación sobre el "logos de la barbarie" en el imaginario europeo lo encontramos en *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Leopoldo Zea, FCE, México, 1990, 258 pp.

<sup>8</sup>Consultamos la edición de REI-México (Letras Hispánicas), edición de André Saint-Lu, México, 1988, 180 pp.

<sup>9</sup> Sobre esto, es pertinente repasar *La Leyenda Negra en Inglaterra*, William S. Maltby, FCE, México, 1982. Aquí se da cuenta de la resonancia que en Europa tuvo la acusación señera de Las Casas, cimiento para muchos de la “leyenda negra”.

## ***Sabato: la novela como contrapeso del desastre***

---

Con Perogrullo se puede afirmar que, en principio, los novelistas están obligados a escribir novelas. Imaginar, construir personajes, hacerlos deambular por aventuras físicas o mentales, crear estructuras narrativas que (con mayor o menor dosis de verosimilitud) imiten a la vida, ése es el imperativo ineludible de quien asume la tarea de novelar. Por otro lado, para hablar de la novela, para criticarla, para recorrer los artificios de su creación y el sentido de su existencia, para eso suelen estar los críticos, los diseccionadores que bisturí en mano atreven cortes que intentan descifrar el complicado misterio de ése y otros géneros. Pero no todo es tan esquemático: muchos novelistas hay que, experiencia mediante, hunden la mirada en los entresijos de la novela y sacan a la superficie sus descubrimientos. De hecho, en entrevistas o en textos menos indirectos, casi todos los novelistas han cedido a la tentación de opinar sobre el género, y se puede afirmar que cada autor delata, implícita o explícitamente, un *ars poética* de la novela, un abecé de lo que es o de lo que no es, a su parecer, una ficción narrativa de esta índole.

Ernesto Sabato (Buenos Aires, 1911) es uno de ellos. Como sus coetáneos Carpentier, Fuentes o Vargas Llosa, el argentino ha edificado textos donde indaga los recovecos del laberinto novelístico y donde urde planteos que pueden servir para explorar la novela de nuestro siglo. En general, su propósito puede ser enunciado con una línea: demostrar que la novela es, como ningún otro, el género literario que mejor sirve para barruntar con palabras el caos y la contingencia de la vida humana. Por lo menos tal es el objetivo que se advierte en “Características de la novela contemporánea”,<sup>1</sup> ensayo que Sabato publicó en

---

Publicado en *Acequias*, revista de la UIA Torreón.

1971 y en el que manifiesta, como su título señala, el perfil de las novelas escritas a la vera del tiempo que le cupo en suerte.

La meta de esta breve cala es, pues, sencilla, pero, sospecho, importante: reflexionar sobre el significado que para Sabato tiene la novela en tanto molde literario en el que se rastrea la crisis del hombre finimilenar ya desnudo de las utopías racionalistas alentadas por el cientificismo decimonónico.

Ernesto Sabato es, quizá, el novelista latinoamericano que ha impregnado su obra de mayor sentido metafísico. Sin dejar de ser obras de creación, ficciones en el más estricto sentido del término, las historias del argentino han sido cimentadas en las firmes bases del pensamiento previo a la escritura. Sus elucubraciones en torno al arte de novelar convalidan esta afirmación. Decenas de páginas le han servido para fundamentar su quehacer imaginativo como si, *per se*, sus novelas no fueran suficiente prueba de solvencia intelectual. Uno de esos sondeos, "Características...", desbroza e indaga, aclara el sentido medular que para él, Sabato, tiene la novela. Es un texto sumario, cierto, pero no es menos evidente que en su laconismo está quintaesenciado el contorno de la novelística que él tiene por válido.

Lo primero que salta a la vista es la enorme fe de Sabato en ese saludable espécimen de la zoología literaria llamado *novela*. Frente a críticos como T. S. Elliot, quien estableció la muerte del género en Flaubert y James, Sabato contradice y enfatiza la vitalidad de la novelística contemporánea. No carece de ironía esta aseveración:

Ocurre que con frecuencia se confunde transformación con decadencia, porque se enjuicia lo nuevo con criterios que sirvieron para lo viejo. Así, cuando algunos sostienen que "el siglo XIX es el gran siglo de la novela", habría que agregar "de la novela novocentista", con lo que su aforismo se haría rigurosamente exacto, pero también completamente tautológico.<sup>2</sup>

Lo primero que aduce nuestro autor en defensa de su asunto es la necesidad de no liquidar a la novela actual con la noción facilista y anacrónica de Elliot. Sabato propone:

Es bastante singular que se pretenda valorar la ficción del siglo xx con los cánones del siglo xix, un siglo en que el tipo de realidad que el novelista describía era tan diferente a la nuestra como un tratado de frenología a un ensayo de Jung (...) [pues la novela] es un género cuya única característica es la de haber tenido todas las características, y en haber sufrido todas las violaciones.<sup>3</sup>

Luego de despachar el “juicio funerario” contra la novela actual, Sabato enumera los rasgos que trazan el croquis de lo que para él es, hoy, una novela. Aquí es urgente observar que la mayoría de sus puntos se inscriben en lo que podríamos denominar, por lo pronto, *sentido introspectivo del arte novelístico*. Más allá del mero examen de la realidad epidérmica, más allá del pintoresquismo que examina la cáscara de la realidad y la expone con detallada prosa, la propuesta sabatiana aduce que en la novela debe regir el buceo del espíritu, la sumersión plena en la turbiedad del alma humana. Su *ars*, entonces, rechaza la ejecución de obras asépticas, objetivas, creadas según prefiguraciones cabalmente controladas por el artista.

Éstas son, en síntesis, las pautas que Sabato enlista como ingredientes de la novela:

1. Descenso al yo, subjetivismo.
2. Tiempo interior, no cronológico, inexacto o difuso.
3. Subconsciencia, “donde no rige la ley de la razón sino la ley de las tinieblas”.
4. Ilogicidad.
5. El mundo desde el yo.
6. El Otro (descubrimiento de la otredad a partir del yo).

7. La comunión (mostrar al hombre en su soledad).

8. Sentido sagrado del cuerpo (si el tema es la soledad del hombre, la carnalidad, que es intento de comunicación, se sacraliza).

9. El conocimiento (la novela como asimiento del lado nocturno del hombre).<sup>4</sup> Sobre este punto haremos un énfasis más adelante.

Como ya podrá notarse, Sabato puntualiza los elementos que, a su juicio, definen a la novela y en todos los puntos subraya la urgencia introspectiva (tiempo interior, descenso al yo, ilogicidad...). Éste énfasis del argentino se basa, como ya sugerimos, en su noción del resultado que ha dejado el fervor por la ciencia y la tecnología. Para Sabato, los racionalistas (de Descartes a la fecha) han fomentado una veneración sin orillas a la razón como fundamento del progreso. La Enciclopedia, la Revolución industrial, el Positivismo y la actual tecnolatría, lejos de abolir o mitigar la desdicha del hombre, la han acentuado hasta llevarla a su más escandalosa masificación.<sup>5</sup> La “civilización” propuesta por los científicos, argumenta Sabato, sólo ha perfeccionado las armas para el exterminio y la infelicidad humanos. En una palabra, la discordia no se da hoy, como hace un siglo, entre “civilización contra barbarie”, pues ambos términos, antaño opuestos, se han enlazado hasta convertirse en el siniestro matrimonio que exacerba la desigualdad económica y todos sus lastres. Frente al desastre, Sabato postula,<sup>6</sup> no por vanos utopismos sino por un mínimo instinto de conservación, un regreso al humanismo hoy deshumanizado, un retorno al interior del hombre —aunque en ese interior se agazapen infiernos y demonios—, un desandamiento con dirección a la sensibilidad, una ravaloración del sueño *irracional* como fuente de la verdad, del conocimiento.<sup>7</sup>

A ese sentido, precisamente, apunta el postulado número nueve que propone Sabato. Si es exploración del alma humana, buceo a las aguas profundas del espíritu, la novela deviene entonces fuente de

conocimiento más auténtico y acabado que el sugerido por el hiperracionalismo cientificista. En una palabra, la novela —la literatura, el arte todo— es el único contrapeso posible que se puede oponer al desastre tecnológico. La crisis humanística del fin —y del principio— del milenio, en suma, sólo puede ser abatida con una serena regresión al mito, al sueño, a la sencilla armonía del hombre con la naturaleza, a su caos y a su enmarañada contingencia. “La razón no sirve para la existencia”, sólo entendido esto alcanza la plenitud de su significado, el cenit de su sentido, la obra sabatiana, sus novelas.

#### NOTAS

<sup>1</sup> *Los novelistas como críticos*, Norma Klahan y Wilfrido H. Corral (compiladores), FCE (Tierra firme)-Ediciones del Norte, México, 1991, p. 578.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 579.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Sabato cree que el imaginario cientificista se derrumba por estos años: “... es cierto que se están viniendo abajo algunas ideas claves, no ya del siglo diecinueve, sino del diecisiete, pues Descartes pertenece a ese siglo y fue, para muchos, algo así como el patrono del racionalismo, que en el siglo dieciocho, con el enciclopedismo y la ciencia, desata la catástrofe, espiritual y material, que hoy está a la vista. Da paso, y no es que menosprecie a Descartes, sin duda una gran cabeza en la historia de la filosofía, pero sería bueno recordar que *les raisons du coeur*, defendidas por su casi contemporáneo Pascal, opuestas a las razones de la cabeza, han demostrado ser más visionarias, hasta en el propio Descartes. Convendría recordar que las tesis de su famosa obra surgieron de tres sueños, que el mismo ha relatado”, en *América Latina, marca registrada*, Sergio Marras, Ediciones B (Serie reporter), Buenos Aires, 1992, p. 423..

<sup>6</sup> Tales ideas las expresó, según se sabe, desde la polémica edición de *Hombres y engranajes* (1951).

<sup>7</sup> A propósito de literatura y conocimiento, Sabato opinó: “¿Por qué he hecho física, matemáticas, literatura y ahora pintura? Aparentemente es contradictorio, y lo es desde el punto de vista de la lógica, pero no desde la psicología, y sobre todo de la psicología profunda, del inconsciente. ¿Cómo pedirle coherencia a un sueño? Y sin embargo es una *gran verdad*. Si hay algo de verdadero en la vida de un hombre, tan lleno de falacias, de pequeñas vanidades inútiles, si algo está desprovisto de eso —y por eso es tan enigmático y terrible— es el sueño. El arte contiene las mismas raíces: parte del inconsciente, como el sueño”, en “Ernesto Sabato: la pasión desgarrada”, entrevista de Mempo Gardinelli y Marco Antonio Campos, *Sábado*, 3 de octubre de 1992, p. 1.

## Octavio Paz: larva de su profesión de fe

---

Junto a su abundante y lúcida literatura, Octavio Paz (31 de marzo de 1914-19 de abril de 1998) edificó una obra periodística igualmente notable. Por supuesto, cuando decimos *periodística* nos referimos a esa porción de su escritura que aun siendo literaria —por el estilo, por el género, por los temas— apareció primero en publicaciones periódicas y luego se difundió en forma de libro. Es tenue, pues, la frontera que separa en el caso de Paz lo literario de lo periodístico, pero tenue y todo es posible enfatizar que el premio Nobel mexicano permaneció fiel, desde su mocedad hasta el último suspiro, a las revistas literarias como receptáculos idóneos para escanciar allí tanto la poesía como la reflexión ensayística, los dos géneros que lo acompañaron hasta su muerte.

Desde los 17 años, el joven Octavio Paz Lozano —que así firmaba sus primeros textos— se involucró en la faena inexhaustible de las revistas literarias. Su apetito como animador de la literatura mexicana fue prematuro y, asombrosamente, dejó un rastro que hoy podemos seguir gracias a la hemerografía. Junto a otros escritores, casi todos ellos coetáneos o poco mayores que él, Paz convirtió a las revistas en trinchera de su inquietud intelectual y hoy todos sabemos que *Vuelta* fue el último vagón en el que viajaron sus textos periodísticos. Pero antes de *Vuelta* estuvieron *Barandal*, *Cuadernos del Valle de México*, *Taller poético*, *Taller*, *El hijo pródigo*, *Hoy*, *México en la Cultura*, *La Cultura en México*, *Universidad de México* y *Plural*, es decir, más de diez

---

Publicado en *la tolvanera*, suplemento de la revista *brecha*, y en *Acequias*, espacio de la UIA Torreón. Este texto me dio varias sorpresas: lo reprodujo una revista alemana publicada en español y lo citaron ampliamente en *Librusa*, revista literaria virtual con sede en Estados Unidos.

publicaciones que vieron, desde 1931 hasta 1998, la maduración de Paz como permanente devoto de los espacios periodísticos.

Muchos rasgos perfilan al autor de *Libertad bajo palabra*. Uno de ellos, no el menos relevante, es la importancia que siempre atribuyó a la revista o al suplemento cultural como refugio inmediato, generoso trampolín, de los textos que después podían hospedarse en el lujoso y duradero recinto de los libros.

Fue en *Barandal*, precisamente de agosto de 1931 a marzo de 1932, donde Paz emprendió el azaroso empeño de las revistas literarias. *Barandal* aparecía cada mes, publicó siete números y hasta el segundo dejó asentado que sus editores eran Rafael López Malo, Salvador Toscano, Arnulfo Martínez Lavalle y Octavio Paz Lozano. La redacción tenía por domicilio Guerrero 75, en el DF, y aceptaba sobre todo poesía y ensayo; no rebasaba las 30 páginas y a partir de su tercera aparición incluyó un “suplemento” con poesía, prosa narrativa y material gráfico (reproducciones de óleos), espacio en el que cupieron textos de, por ejemplo, Xavier Villaurrutia y Salvador Novo.

Durante sus siete números de vida, *Barandal* incluyó cuatro poemas y un ensayo de Paz. A partir de su tercera entrega (con el poema “Nocturno de la ciudad abandonada”, *Barandal* No. 4) el joven autor extirpará el *Lozano* y dejará su escueta firma en *Octavio Paz*. Su cuarta colaboración aparece en el ejemplar número 5 (diciembre de 1931), y es el ensayo “Ética del artista” —*Revistas mexicanas literarias modernas, Barandal* (1931-1932) y *Cuadernos del Valle de México* (1933-1934), FCE, México, pp. 147-151—, texto en el que Paz, escritor que apenas sumaba la friolera de 17 años y ocho meses, testimonia lo que puede considerarse, así sea en estado larvario, su profesión de fe literaria. Urdida con pasión y prosa siempre colindante con los predios de lo poético, “Ética del artista” se levanta como el decálogo en el que Paz apoyará su futuro destino de artista involucrado con los asuntos de su tiempo. Es en este ensayo donde podemos establecer el punto de parti-

da de un Octavio Paz que no se resignó al artempurismo; al contrario, su vida fue un constante pespuntear de la literatura a las opiniones con enfático tinte coyuntural. “Ética del artista” es, entonces, el manifiesto íntimo del Paz que se reconoce como artista y como hombre flechado por los problemas de su hora, en otras palabras, es su precoz pero sincera renuncia a la práctica del arte por el arte.

En 1931 —años más, años menos— los artistas mexicanos debatían sobre el carácter social o individual de sus quehaceres. O arte comprometido con la calle o arte enclaustrado en su torre de marfil, ése era el hamletiano dilema. Durante los veintes, ya sabemos lo que decidieron nuestros muralistas, y ya sabemos también lo que opinaron sobre el caso los estridentistas, por citar sólo a dos de las más radicales banderías. Paz, en el número 5 de *Barandal*, se trepa a ese conflicto —que más parecía cosa de adultos que de adolescentes— y lo hace con una solvencia que prefigura al gran crítico que después sería. Es, a sus 17, ya muy brillante, y desde el primer párrafo deja ver, acaso sin quererlo, que su preferencia apunta hacia el arte compenetrado con la vida que lo circunda. Observa Paz:

[me referiré] a los problemas que no son puramente artísticos, pero que la tradición nos enseña, a *despecho* de la doctrina del arte puro, que influyen profundamente en la creación y le dan al arte un valor testimonial e histórico parejo a su calidad de belleza.  
(el subrayado es mío)

Tal vez demasiado simplista, Paz plantea dos caminos para el creador. Todavía no matiza, y su escala valoral sólo contempla dos territorios: el blanco y el negro:

¿El artista debe tener una doctrina completa —religiosa, política, etc.—, dentro de la que debe enmarcar su obra?, ¿o debe, simple-

mente, sujetarse a las leyes de la creación estética, desentendiéndose de cualquier otro problema?

¿Arte de tesis o arte puro?

El joven poeta inaugura su prosa crítica con este ensayo decisivo. “¿Arte de tesis o arte puro?”, se pregunta. La disyuntiva no es, para él, asunto baladí. Al contrario, le parece que las circunstancias que viven los jóvenes de América obligan la emisión de una respuesta urgente; de qué lado colocar los pies, con quiénes adherirse: por un lado, con los artistas esmerados sólo en el acicalamiento de las formas o, por el otro, con aquellos que han decidido convertir su oficio en dinamo del cambio social. Paz examina cada uno de los flancos:

Para unos, lo fundamental es la intención, casi religiosa, de su obra. Arte de propaganda. Polémico. De plaza pública.

Para los otros, el artista debe ser simplemente artista. La obra de arte, sólo arte. Sin ninguna intención. (...) Ni política. Ni economía. Ni bondad. Es solamente arte. Actitud moderna, desmenzadora de realidades, para llegar a las esencias de las cosas.

En el caso de los artepuristas, Paz recuerda que son consecuencia del individualismo prohijado por la Reforma y reforzado por la Revolución francesa. El creador, desligado del exterior, incuba una obra que se complace con el regodeo y refinamiento excesivos, una obra que vale por sí misma, independientemente del asunto que aborde:

Así, para el artista, no existe ningún problema ético y humano que lo agite, en cuanto se relacione con su oficio y su vida como tal, a no ser aquellos que se refieran a los de su arte en particular y los problemas internos que él suscite, como el de las formas y el de la técnica.

Dentro del arte por el arte, entonces, el pintor pinta formas, el poeta escribe versos, el cineasta hace películas, todos ellos sin reparar en el sentido *social* que pudieran tener los asuntos que se pintan, escriben o filman. En ellos se resume, sugiere Paz, el individualismo cuya meta termina donde concluye la obra de arte.

En la otra orilla del río están los artistas que durante muchos años han sido denominados como *comprometidos*, aquellos que defienden un arte que rebasa sus propios recipientes y se vuelca en terrenos ya políticos, ya sociales, ya “extraartísticos”. Anota Paz, y recordemos que lo hace a los 17 años, que a estos creadores

no les importa por ahora el mérito técnico de su obra, sino el impulso de elevación y de eternidad que ella posea. Saben que las grandes culturas lo han sido precisamente por esa dirección total y conjunta de todos hacia un fin extrahumano...

Curiosamente —y aquí aparece una paradoja, figura retórica que Octavio Paz elevaría a la condición de tropo predilecto—, los artistas de este orden, los revolucionarios, son los que más se apegan a la tradición clásica, puesto que se oponen a “la obra escéptica y corrosiva del hombre individualista, estrechamente hombre, sin sentido religioso”. Al igual que sus predecesores egipcios, griegos, latinos, medievales, el artista comprometido de 1931 apunta el concurso de sus esfuerzos hacia un fin que desborda los límites del formalismo y adopta un sentido teleológico. Paz, casi adolescente, comenta:

Además, pese a su desconocimiento o negación de la tradición, ellos, en su esencia ética, de dirección dogmática, no hacen más que continuarla. Como el mejor arte del pasado, su arte es de intención (...) Arte religioso es el primitivo. El

egipcio es lo mismo. El teatro griego es un teatro político y social (...) Todas las obras clásicas está llenas de alusiones partidaristas.

Paz —insistimos por enésima ocasión que a sus 17 años— coincide con los artistas que abanderan, así sea borrosamente, una causa, no con aquellos que habitan la burbuja del artepurismo y desdeñan, semejantes a los dioses, todo lo que salga de esa esfera. De esa manera, el joven poeta prosigue una tradición que en Latinoamérica ha tenido, quizá como máximo exponente, a Martí.

Es indispensable pensar que formamos parte de un continente cuya historia la hemos de hacer nosotros. (...) Es necesario hacernos dignos de nuestro sino. (...) Hemos de ser hombres completos, íntegros. Hemos de ser hombres cultos, en el sentido platónico y scheleriano del vocablo.

Esa posición, asumida a tempranísima hora por Octavio Paz, fue sostenida durante su larga carrera literaria. Fue, viéndolo bien, una especie de arielismo tardío, y aunque es cierto que el compromiso de Paz no se mantuvo estable en una sola ideología —hecho que le granjeó más de un venablo—, no es menos cierto que siempre permaneció fiel a la esencia de aquella profesión de fe publicada en *Barandal* número 5. Su fama como polemista, como voluntario en la guerra civil española, como crítico de la fascista masacre en Tlatelolco, como severo fustigador del socialismo, como eje de revistas para la discusión de los grandes temas de nuestro tiempo, como autor de tiempos nublados y de ogros filantrópicos, toda esa fama quizá provenga de aquel ensayito articulado cuando apenas despuntaba su talento. De algo podemos estar seguros: el premio Nobel mexicano fue un hombre involucrado con la hora que le cupo en suerte.

Dicho mérito se aquilata más cuando sabemos que la vida artística es un sufrido maratón y no una carrera de cien metros. Quizá por ello Rafael Solana escribiría, en 1963, un comentario que dibuja aquella tenacidad del muchacho nacido en Mixcoac: “Con esto la generación de *Barandal* se extinguió, literariamente, como su efímera revista. Sólo habría un superviviente: Octavio Paz”.

*Comarca Lagunera, 23, septiembre y 98*

## Cortázar (a veinte años de su muerte)

---

Julio Cortázar fue el primer encontronazo de mi vida como lector y, por qué no decirlo ya, como aspirante a escritor. Comencé a leerlo en 1983, gracias a una clase de literatura en la universidad. Saúl Rosales nos encargó comprar *Queremos tanto a Glenda* en la edición de Nueva Imagen, que todavía conservo. Las primeras páginas del argentino me confundieron un poco, pues yo no estaba acostumbrado a esas maromas con la estructura literaria, a esos pasadizos entre la fantasía y la realidad, tan caros para el gran cronopio. Poco a poco, primero por obligación, después con boquiabierto gusto, fui adentrándome en el mundo de *Bestiario*, de *Deshoras*, de *Final del juego*, de *Historias de cronopios y de famas*, de *Las armas secretas*, de *Alguien que anda por ahí*, de *Octaedro*. Sus cuentos fueron, y serán, la parte de su obra que mayor impacto estético causó en mi sensibilidad, pero en ningún momento desdeñé sus novelas, sus espléndidos ensayos y hasta su escasa y casi inconseguible poesía.

En febrero de 1984, el mundo de la literatura se enteró de que la muerte había llegado para el más audaz de los escritores latinoamericanos. Había nacido en Bruselas, Bélgica, en 1914, el mismo año en que nació Paz. En ese instante no resentí tanto su partida. Apenas conocía *Queremos tanto a Glenda*, pero por ese curioso *shock* que produce la muerte de los grandes advertí que era universal la admiración por el autor de “Casa tomada”. A partir de entonces, con silenciosa veneración, leí suficiente crítica a su obra, conseguí entrevistas y, sobre todo, me zambullí ciego de fe en la mayoría de sus cuentos. Entonces gravitó

---

Una de esas efemérides sobre las que sí pude escribir aunque sea un puñado de renglones. Salió en marzo de 2004, en *Acequias*, revista de la UIA Torreón.

en mí la magia de su pluma, la profunda impronta de sus piruetas, la tersa cadencia de su estilo, sus inolvidables personajes, la tremenda y cotidiana habilidad del argentino para hacer que lo común alcanzara siempre, en cada una de sus creaturas, una dimensión anómala, extraordinaria y bella.

Junto con la admiración me llegó su muy difundida biografía. Debido a que su padre desempeñaba funciones diplomáticas en la embajada de Argentina en Bélgica, allí nació Cortázar cuando ya sonaban los balazos inaugurales de la primera gran guerra. Apenas iniciada su infancia, a los cuatro años, el larguirucho niño pasó el tiempo de mejor aprendizaje en Bánfield, suburbio de Buenos Aires que después, gracias a él, sería famoso en todo el mundo. Hizo estudios de maestro normalista y se desempeñó por algunos años en la provincia argentina. Mediado el siglo, hacia 1951 y con el amaneciente peronismo instalado en la Argentina, Cortázar cambió su hábitat y se estableció en París, ciudad que de hecho ya no abandonaría y en la que se ganó los bifés como traductor. Curiosamente, es en Europa donde la voz de Cortázar se afirma en su argentinidad y, al mismo tiempo, se entrelaza al cosmopolitismo de aquel mundo. En 1938 publicó *Presencia*, su primer libro, un poemario firmado con el seudónimo, muy pronto arrumbado, "Julio Denis"; una década después dará a la prensa *Los reyes* (1949) y a partir de ese momento su producción no dejará de aparecer y formará un concierto de cuentarios, novelas (*Rayuela*, 1963, sin duda su *Quijote*), ensayos, poemas y mecanos verbales de la más miscelánea originalidad y poderío expresivo. En todos los casos, el ludismo, el desafío de la forma, la mirada oblicua y la manipulación del tiempo serán las marcas de fábrica que servirán para afinar en su ejército de admiradores la noción de "lo cortazariano".

Dije hace algunas líneas que sus cuentos me parecen la zona más atrayente de su producción. Lo he afirmado en incontables ocasiones: Cortázar es, en cantidad y en calidad, gramo por gramo, el mejor cuen-

tista latinoamericano de toda la historia (lo mismo digo sobre Vargas Llosa en el caso de la novela). Alfaguara los ha publicado íntegros, y basta un repaso distraído para comprender la grandeza de ese tramador de ficción breve. Su dominio del género fue tal que, contra todo pronóstico, halló en cada uno de sus relatos una estructura inusitada, siempre fresca, inédita.

Su capacidad para ingresar al alma de los personajes, por otra parte, lo colocan como uno de los autores más profundos del siglo veinte. Sin ruido, sin amarillismo, tierna, humanamente, Cortázar lograba hacer de cada personaje un tipo memorable, un hombre edificado no de letras, sino corpóreo, totalmente carnal. Además, en medio del juego aparentemente inocuo, el argentino sabía embonar conflictos —sociales, políticos, culturales, estéticos— sin sofocar con panfletos sus historias.

Para mí hay cuentos memorables, y con toda intención he aludido a ellos, de manera subrepticia o abierta, a veces con epígrafes, en mis propios relatos. “Deshoras” es el que más me apasiona, y *Final del juego* representa, a mi parecer, el libro de cuentos más vigoroso salido de su ingenio. Eso no margina de mi predilección a otras treinta o cuarenta piezas de perfecta hechura. ¿Se le puede clavar un *pero*, por ejemplo, a cuentos como “La noche del Mantequilla”, a “Ómnibus”, a “Reunión”, a “El perseguidor”, a la famosísima “Casa tomada”, al hermoso “Axólotl”? Lo dudo. Todas ellas, y muchas otras, son edificaciones verbales que fuerzan el elogio del lector avezado y exigente, como de hecho ocurrió y como de hecho ocurre hasta el momento, y así lo testimonia la amazónica bibliografía crítica sobre Cortázar.

Sabemos pues que en febrero del 84, en “su escondrijo de París” —como dijo Neruda—, murió Cortázar. Para entonces él era, me atrevo a asegurarlo, el autor más querido de la promoción que configuró el llamado *Boom* de la literatura latinoamericana cuyos pilares fueron, sin duda e independientemente de la artificiosidad publicitaria que

algunos todavía le achacan, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa y el propio Cortázar. En 1985, ya con mejores datos al alcance, mi admiración por Julio (así, de tú, afectuosamente) era tan alta que yo sentía la nada vergonzante terquedad de imitar, siempre con deficiencias, sus aciertos. Era en ese momento el modelo más acabado de lo que yo quería escribir, y lo intenté. Luego, pasados algunos años, decreció ese empeño y otros autores (Carpentier, Vargas Llosa) llegaron para disputarle a Cortázar mi secreta devoción. Sin embargo, nunca lo han desplazado del altar. Allí sigue, allí seguirá Julio, ocupando con sus historias un predio muy amplio de mi gusto literario.

A veinte años de su muerte, en mí, en muchos, en casi todos, la obra del ilustre cronopio goza de cabal salud. Cortázar, como dijo alguien refiriéndose al prócer nicaragüense Carlos Fonseca, “es de los muertos que nunca mueren”.